

Siluetas o formas de la memoria y el olvido¹

Marcelo N. Viñar²

*«La memoria viva nace cada día,
porque ella es desde lo que fue
y contra lo que fue»*

Eduardo Galeano:

El libro de los abrazos

La enseñanza tradicional postula que el hombre sea, a diferencia de la planta o el animal, el viviente capaz de palabra.

Pero esta afirmación no significa que al lado de otras facultades, el hombre posea también la de hablar.

*La afirmación significa que es sólo la palabra la que **torna** al hombre capaz de ser el viviente que es en tanto hombre.*

El hombre es tal en cuanto que él es aquel que habla.

Heidegger.

Conferencia inédita sobre: “Lenguaje técnico y lenguaje de tradición”.

¹. Este texto nació hace un par de años como conferencia para el Centro de Estudios Universitarios Permanentes y Abiertos de Paysandú. Estuvo pues dirigido a un público general y procuré desprenderme –en lo que pude– del cuerpo teórico del psicoanálisis, y de las nomenclaturas propias de su código. Prometiéndome la continuación del debate entre memoria consciente e inconsciente, como tema específicamente psicoanalítico, libro este texto inicial. Las contribuciones de Jacques Hassoun, de Maurice Dayan y Michel de Certeau en el psicoanálisis, de Marc Auge en la Antropología y Vida, de Alain Finkielkraut en La mémoire vaine, son las que más me han orientado en el tema.

². Miembro Titular de APU. J. Núñez 2946. 11300, Montevideo. E-mail: maren@chasque.apc.org

Resumen

Un psicoanalista va al pueblo que acunó su infancia y adolescencia y desarrolla y recorta este vasto tema para un público general: las distintas perspectivas en que el pasado de un sujeto habita su presente y configura su perfil identitario.

Summary

A psychoanalyst goes to his home town where he spent his childhood and youth. He works on and shortens for the public in general the following vast topic: the different ways in which a person's past lives in his present and builds up his identity profile.

Descriptores: MEMORIA / TIEMPO / RECUERDO / OLVIDO

¿De qué otra cosa podría venir hablar a mi pueblo de infancia, sino de la memoria y sus misterios?

Tema complejo, extenso, inabarcable, objeto de múltiples ciencias (las neurociencias, la pedagogía, la historia, la etnología, la antropología, la psicología, y el psicoanálisis y de tantas otras disciplinas, cuya enumeración no pretendo agotar.

La memoria, entonces, ¿cómo funciona?, ¿para qué sirve? O las memorias, porque no hay conocimiento único y congruente que las abarque. En verdad yo me fui de Paysandú con una idea equivocada; lo que me enseñaron –con el libro de Bersanelli– no era verdad y por cierto que me dio mucho trabajo rectificar la senda y ponerme en otro camino. La idea de la memoria como un archivo, mitad en orden, mitad en desorden, o como una máquina fotográfica enfocada hacia el pasado, es una falacia, un error. Tal vez por eso escogí este tema, como empresa quijotesca de enmendar entuertos, quijotesca también por lo imposible. Porque aquella psicología de las funciones o facultades psíquicas es una taxonomía que enreda más de lo que aclara.

Pero denunciar el error es más fácil que sugerir la verdad, y la verdad es que nadie sabe bien que es la memoria y el olvido, como se organizan y funcionan, que estatuto ocupan en la condición humana y como se entrelazan la memoria del individuo, mal

llamada individual, la del grupo, la de la comunidad, la de la nación, es decir la memoria de cada sujeto y la llamada Memoria Social. Y lo indomable del tema abre el interés por abordarlo.

Elegí el tema de la Memoria por su carácter imposible, inabarcable, porque habla más de lo que quisiéramos saber que de lo que sabemos y por su *carácter* de bisagra en la articulación entre las ciencias y las humanidades.

En todo caso podemos saber que la función mnésica no es una máquina fotográfica del pasado, ni un archivo, ordenado o caótico. No es una función intelectual, y espero haber mostrado en el exergo de mis recuerdos la conjunción necesaria entre pensamiento y emoción, representación y afecto. Es más fácil que haya afecto sin representación clara y unívoca, que recuerdo anodino o indiferente. Y si ello ocurre es porque se trata de un recuerdo encubridor, ha habido una operación activa de sustracción o supresión del sentimiento.

En la experiencia del pasado, en las maneras múltiples de presencia del pasado en el presente, es la coloración afectiva lo que marca el contorno entre la memoria y el olvido y el inmortal Funes de Borges, aquel hipermnésico que todo lo recordaba muestra por el exceso y por la caricatura que la memoria no es archivo y registro de una totalidad inabarcable, sino elección, recorte y selección que marca el contorno entre memoria y olvido, que guardan entre sí una interdependencia parecida a la de la vida y la muerte.

Vamos rumbeando, entonces, a una de las primeras tesis de mi planteo: La memoria **no es una función intelectual, sino afectiva**, al menos ideo-afectiva. El pathos de la operación es tan imprescindible como el logos.

Cierto es que hay también una memoria operatoria, o aprendizaje de la experiencia, donde el procedimiento cognitivo es esencial desde aprender a caminar, o andar en bicicleta o jugar cualquier deporte, donde la experiencia sedimenta un aprendizaje acumulativo que podemos llamar memoria. Las reglas de gramática, o de aritmética, o de geografía, también acumulan datos o informaciones. Pero este camino de la inteligencia operacional, de la acumulación de información, no están en la línea de mi desarrollo y preocupación de hoy. Es menester discernir en el ser humano un intervalo entre la racionalidad instrumental y el mundo de los valores.

Lo que me ocupa de las formas de presencia del pasado en el presente es aportar alguna luz sobre como **la memoria contribuye a la construcción identitaria**, es decir como la evocación de la experiencia y la vivencia construye y modela la textura de un

sujeto humano, que hace que yo sea yo, como individuo, en la intimidad, o en un grupo. Lo que me ocupa hoy es esa memoria, que nos permite mirarnos al espejo o golpear nos el pecho, o decirle a la almohada, o al amigo: Yo soy yo como algo único e incluido, pero discernible de la multitud y diversidad de lo humano.

¿Cómo ocurre –a lo largo de la vida– ese sortilegio de la continuidad y discontinuidad de la experiencia, que me permite decir (a mi o a cada uno) que soy el mismo o soy distinto, en circunstancias tan disímiles?

* * *

Con el recordar jugamos muchas veces.

Infinitas veces en la vida, como movimiento espontáneo del espíritu, todos y cada uno iniciamos la operación memoriosa con cierta avidez y confianza. Uno viaja en su mente hacia el pasado, a rescatar recuerdos, que cree accesibles y disponibles, que no sólo se nos van a brindar en su transparencia, sino que además vamos convencidos de que este viaje por los orígenes y las fundaciones nos va a traer alguna verdad esencial de nosotros mismos, alguna luz sobre nuestro ser, sobre esa opacidad, que solemos llamar nuestra identidad, o nuestra razón de existir. Viaje entonces, que secreta o explícitamente, va a ser revelador de algunas de las preguntas o enigmas de nuestra existencia. Como aquella pregunta interminable del porqué, porqué, de los niños.

Juguemos un instante el juego de una manera simple y elemental, casi pueril:

Yo soy Marcelo Nelson Viñar Munichor, nací en tal fecha, en tal lugar, de tales padres, soy por lo tanto de buena familia y allí empieza una historia, simple o complicada, quizás larga y compleja, con algunas carreteras amplias, rectilíneas y nítidas y otros senderos, llenos de vueltas y vericuetos, complejas y oscuras galerías... la pregunta del quien soy siempre es una mezcla de evidencias y opacidades.

¿Quién no ha jugado este juego una y mil veces, para sí mismo, para un testigo, único o múltiple, por placer u obligación? La pregunta inagotable del ser, ¿quién soy? ¿de dónde vengo?, ¿qué busco?

Este juego de evocación, de apariencia inocente (sólo de apariencia), es un universal humano tan característico de nuestra especie como la estación bípeda o la posición del pulgar. Decimos que esta conciencia de sí, esta capacidad reflexiva es una cualidad

humana que nos distingue de los animales. Capacidad auto-teorizante, de emprender y reanudar el intento –siempre vano pero necesario– de decir quien soy, que busco, de donde vengo hacia donde voy.

Experiencia del ser hablante: el universo simbólico del ser hablante, lo libera parcialmente de su anclaje en la experiencia inmediata y presente, habilita la creación de otros escenarios, imaginarios, simultáneos en otros tiempos y espacios distintos del que está allí, delante nuestro, disponible. Para bien o para mal; la conciencia inmediata del presente está plagada de un universo de evocaciones y otro de proyectos o anhelos. El presente –en la mente humana– no es sino un instante que hace de bisagra y desfiladero entre las amplias extensiones del pasado y el proyecto.

Esta conciencia reflexiva, este trabajo de la mente para construir un sujeto consciente de sí, despliega –como necesidad lógica– una temporalidad interiorizada donde el pasado de la memoria y el futuro del proyecto sitúan a la experiencia del presente en la bisagra de los horizontes imposibles de aprehender en su totalidad. De un tiempo interiorizado que se organiza en sus continuidades y rupturas.

¿Quién soy? Marcelo Nelson Vinar, de Paysandú, nacido en tal fecha, de buena familia. Hechos... Relatos... leyendas

Hasta en ese enunciado tan simple, llevé a cabo una pequeña trampa. Desde la **naturaleza táctica** de postular datos: una fecha y un lugar para mi nacimiento, eso que solemos llamar datos objetivos, yo deslicé un juicio de valor: de buena familia (que es heterogénea con el resto).

Pero este desliz o descarrilamiento entre lo descriptivo, o discriminativo y lo valorativo, que en mi ejemplo es simple, claro y es tonto, resulta en la complejidad de la vida y de la historia una constante, yo diría una necesidad imprescindible, donde la descripción del acontecer humano se transforma en **drama, comedia o tragedia**.

Porque si nos atenemos a los datos objetivos, constatables, los resultados son de una puerilidad y una banalidad insoportables. La cosa gana interés cuando a lo objetivo de los hechos se le agrega una **leyenda y una intriga**. Cuando a la soledad del hablante se agregan el testigo, el grupo y la comunidad, que exorcizan el mito de un individuo aislado y autosuficiente para hacerlo parte de una comunidad que lo conforma y a la que conforma, “haciéndose” producto y productor en el ciclo de la vida (Morin). Por su condición de hablante, el ser humano aprehende su experiencia en un relato y el carácter realista y ficcional de la trama del relato construido, es una amalgama muy difícil de

separar. En un relato a veces único y coherente, otras, múltiple, discontinuo y difractado.

Variable de un ser humano al otro, esta polaridad entre la experiencia de vida actual y experiencia de evocación son dos polos que tensan la experiencia interior.

Paul Auster señala agudamente: “la memoria es el lugar o el espacio donde las cosas ocurren por segunda vez”. ¿Cuántas veces le contamos a la almohada o a la amada los acontecimientos del día o las peripecias de un viaje? ¿Se disfruta más de la irrupción y la emergencia del acontecimiento o de su reverberación en la memoria? Algunos autores (Benjamín, Eco) señalan como hecho central de la mutación civilizatoria, la crisis del relato.

En el relato de la persona, del grupo o de la comunidad, verdad y ficción se entrelazan irremisiblemente.

Desde la antigüedad, el hebreo designaba con tres términos a memorias de cualidades diferentes.

- * *a) memoria espontánea con que juega cada individuo (la mnemne), flujo y persistencia ininterrumpida de los recuerdos que nos habitan.*
- * *b) A aquella sistemática, la anamnesis (tarea de los historiadores), que busca una «objetividad» entre comillas, convalidada o convalidable por todos los miembros del grupo. De esta, digamos se ocupan los historiadores. Remarco en que en la etimología de historiador dice «el que sabe».*
- * *Y un lugar especial para la memoria sagrad, (el Hallakhah), que no está ni en la experiencia, ni en la voluntad de los hombres, pero «explica» (al menos parcialmente) cómo, por qué y para qué ellos están allí, es decirse ocupa de ese menudo lío de los orígenes y de los fundamentos, que provee un sentido posible a la vida y al destino y funciona como imperativo moral del patrimonio histórico.*

* * *

Pero aún antes de la racionalidad naciente del pueblo del libro, aún antes de la escritura, en los pueblos ágrafos, en tribus en que las condiciones de existencia o subsistencia los diseminaba en grupos dispersos y minúsculos, como en las tribus de América

precolombina, el grupo había discernido una función específica (quizás en la genealogía de los futuros sacerdotes), como la que J. P. Clastres describió para los Tupí guaraní, la función del Gran Hablador, del gran narrador, que erraba por la selva, de un asentamiento a otro, y su llegada marcaba una interrupción de las tareas para la subsistencia. Se congregaban para escuchar del gran narrador, una explicación cosmogónica, del origen del mundo circundante, de la naturaleza y de ellos mismos, y desde allí prescribía los preceptos que regulaban la convivencia, las leyes y preceptos que subordinaban a los miembros del grupo y regulaban la convivencia.

Lo que llevó a Barthes a aseverar que no hay grupo humano ni pueblo sin relato, sin leyenda. Afirmación de hondas consecuencias que destruye la mitología de un hombre natural y la falacia de una naturaleza humana que se pueda definir más allá del hecho cultural.

Este rápido pantallazo sólo para empezar a plantear que el problema entre ficción y realidad que el racionalismo occidental y el positivismo del siglo de las luces pretendieron evacuar, resulta mucho más complejo que la ecuación binaria entre mentalidad animista y mentalidad racional.

Lo que vengo glosando tiene hondas consecuencias en el campo del conocimiento no sólo de un saber teórico y abstracto propio de las elites académicas es un hecho de implicaciones políticas cuyo peso sería difícil de sobre estimar.

A lo largo de la vida, atesoramos recuerdos, y sin duda podemos convenir, que la infancia y la adolescencia son momentos privilegiados para constituir este tesoro inacabable.

Quiero sostener que ese tesoro no es sólo una facultad del humano, sino lo más sustancial o sustantivo que define la naturaleza o condición humana: la construcción de un relato historizado, que alguien narra para sí mismo y para otro(s) y que define los vínculos con su cuerpo, con el grupo más cercano y con la realidad social del tiempo y la comunidad con que vivimos.

Construimos un relato y el relato nos construye como sujetos, define nuestro perfil, nuestro estilo y singularidad.

Ese relato define un trayecto o itinerario donde el presente es un instante, efímero, que se expresa como bisagra entre el pasado y el porvenir.

Desde estas premisas quisiera pensar:

- * *la cuestión del tiempo interior*
- * *la relación entre realidad y ficción (o **entre** acontecimiento y recuerdo)*
- * *la relación entre el yo y el nosotros*
- * *los contornos de la memoria y el olvido.*

Recuerdo y acontecimiento. Realidad y ficción

Hay sin duda un zócalo que es un acontecer preciso en el tiempo; pero no es la cosa en sí, que yo retengo globalmente, sino como de esa materia prima inicial yo con un estilo que es siempre singular y distinto en cada sujeto, recorto y selecciono algunos elementos (representacionales y sobre todo afectivos), con los que tejo y tramo una pequeña historia, anécdota o intriga que lo transforma en relato comunicable y compartible. Es decir, si bien pensamos las cosas en esta cocina de fabricar el relato, **el ingrediente central no es tanto el hecho central sino los afectos del narrador.**

Los semióticos llaman “**diéffesis**” a la depuración del acontecimiento de sus componentes testimoniales, pero esto es una operación de laboratorio, en la vida ordinaria, es decir en la vida misma, la diéffesis no existe. No hay hechos, sino lectura cierta y errónea de los hechos, no hay narración sin narrador. Toda percepción es ya una interpretación por que el narrador, por más que tenga una pretensión de lectura neutral y objetiva, esta es siempre de compromiso y apasionamiento. Por eso no hay nunca historia humana objetiva, la historia humana es una historia de querellas y quid pro quos.

Si cada situación tiene tantos narradores como testigos, ¿qué es lo que pone límite a esta dispersión diseminatoria y centrífuga? La respuesta me parece simple. Una es que el acontecimiento nunca es aislado, sino que se inserta en una serie como las unidades de un collar. Pero lo más importante es que es hombre no está solo. No es que viva en sociedad sino que construye lo social para vivir. No hay recuerdo en soledad. Se recuerda para el otro: el testigo, el amado, el enemigo o adversario. El otro es tan imprescindible como el emisor. Para el testigo hablamos y recordamos. Para seducirlo o convencerlo, tal vez apenas para compartir o doblegar. La palabra, en lo opuesto del cuerpo, es siempre entre dos.

¿Y los recuerdos íntimos? Esos que guardamos para la soledad o la confesión por angustia. No son recuerdos. Tal vez habría que buscarles otro nombre. Freud los llama

reminiscencias. Son de otra textura, *de* otra naturaleza. Son secretos que nos asedian, que nos asustan, que nos interrogan. No son integrables al patrimonio del amor o del rechazo. Andan por allí, sueltos e inesperadamente nos asedian, nos invaden, nos inundan. Son intrusos de nuestro psiquismo, convidados de piedra de nuestra vida interior, que vienen de no sé donde a jorobarnos la vida «que atormentan sin razón evidente el presente del sujeto, y no siempre pueden atribuirse a un tiempo y contexto determinado, ni integrarse cómodamente con la historia de sí mismo que el sujeto considera propia.

Tiempo

Hay un tiempo civil, el que marca el calendario y el reloj; que a mayor escala es el tiempo lineal e infinito de los astros que siempre avanza, homogéneo y ritmado, siempre hacia delante, y que en la biología marca nuestro nacer y crecer, nuestro envejecer y morir. Este tiempo funciona bajo el imperio de Cronos, implacable e irreversible. Así puedo decir: hace 45 años me fui de Paysandú.

Esta perspectiva del tiempo no da cuenta cabalmente de la experiencia del tiempo vivencial, interiorizado, que lejos de seguir el surco lineal de Cronos, podría metaforizarse mejor por una línea quebrada o laberíntica, por el tiempo narrativo que ha perennizado «Las mil y una noches» o «Cien años de soledad». Una temporalidad que no se sujeta a la regularidad de Cronos sino que da saltos abruptos hacia el pasado o el futuro, cuya unidad no está en los ritmos, sino en las continuidades y rupturas de sentido. No es un tiempo acumulativo sometido a Cronos, sino a la significación, a la avidez de sentido, a la trama interminable de la memoria y el olvido, es un tiempo habitado por la nostalgia y sostenido por el anhelo o el suspenso.

El yo y el nosotros

*«Me celebro y me canto a mí mismo,
y lo que diga ahora de mí, lo digo de ti,
porque lo que yo tengo lo tienes tú
y cada átomo de mi cuerpo es tuyo también.»*

Wal Whitman

En el asunto del Yo y el Nosotros, también el saber académico (o el hábito del iluminismo de fraccionar la realidad en porciones con el pretexto de entenderla y dominarla mejor) nos hace herederos de una aporía entre individuo, grupo y sociedad, como si el individuo fuera la unidad primera que luego se organiza sucesivamente en estructuras de más en más complejas. Esto es radicalmente falso.

De lo que primero tenemos noción es de un entorno humano que nos contiene y nos acuna. Universo de rostros, gestos, sonidos, melodías, olores, luego palabras, caricias, mandatos. Así vamos emergiendo, lenta y gradualmente, a un mundo discriminado. El primer universo no es un universo discriminado de sentidos claros y discernibles, lo que prima es un mundo en desorden donde se recorta una experiencia que péndula entre el placer y el terror.

Los duros primeros años de vida insumen un largo trabajo psíquico para domesticar el horror de la inmadurez e indefensión inicial, para desembocar más tarde en primer mundo civilizado donde las palabras no sólo repertorian las cosas y las personas, sino que simultáneamente van ordenando lo que está bien y lo que está mal, lo que está permitido y prohibido, lo que es lindo o feo, bueno o malo. En esto, que llamamos la lengua materna, es donde yo quiero situar el cogollo, el núcleo más privilegiado de la condición humana. Con esto sólo quiero pautar de modo telegráfico pero comprensible, que el nosotros precede al yo, que grupo precede al individuo, y que esto ocurre en cualquier agrupación y cultura como hecho definitorio de lo humano.

Si lluevo sobre mojado, si insisto sobre algo sabido, es porque me temo que todavía estamos atrapados en la falacia referencial de que la naturaleza humana es primero biológica y luego lo cultural viene como añadido. La vieja aporía entre naturaleza y cultura, con primacía de la primera, debe ser reemplazada por un modelo interactivo y complejo, donde biología y cultura no tienen antecendencia ni prioridad lógica.

La lengua materna no es sólo la nomenclatura que hace el inventario de las cosas y los entes existentes, sino el código que tiene las claves para interpretar lo que es bueno y lo malo, lo bello, lo sagrado, lo prohibido y la materia prima con la que cada quien inventa las leyendas e intrigas del comienzo. Descifrar estos enigmas que redondean y resumen nuestra visión del mundo, quienes somos, de donde venimos, que buscamos.

El camino del nosotros al yo, trayecto de personalización o individuación, es un tramo ulterior cuando buena parte del plan arquitectural, de los cimientos y fundaciones

de la persona, están ya trazadas. Y el modelo de la matriz grupal del origen se prolonga –salvo excepciones– durante toda la existencia.

Entre la memoria y el olvido

Dime que olvidas y recuerdas y te diré quien eres, es la fórmula del etnólogo Marc Auge.

Esta profusa e interminable metonimia entre lo que se recuerda (y sacraliza) y lo que el olvido hace perimir, es lo que determina que la identidad de sujetos, grupos y comunidades no sea una entidad estable, sino un movimiento en perpetua transformación.

Paul Auster (con esa concisión propia del poeta) afirma: **“La memoria es el lugar donde algo ocurre por segunda vez”**.

¿Cómo descifrar esa frase sin caer en la bobera de querer explicarla mediante una interpretación solemne? Interpretar es inter-prestar, es algo que uno le presta al otro, una transferencia, un don de sentido, de significado, de poyesis.

A mí me sorprende lo de **segunda vez**, que automáticamente alude a una primera vez, a un antes cronológico o lógico: sin **aquello, esto** no sería. (Sin ese pasado este presente no estaría o sería diferente). Con lo que se establecen dos términos, o dos polos organizadores de lo que llamamos memoria, aquello y esto –antes y ahora.

También me sorprende el verbo ocurrir: la memoria es un lugar donde **ocurre** algo, como en teatro la escena y la obra, un discurso y un proceso. Ocorre, concierne al **acontecer**, lo que lleva a la mente a una posición activa artesanal o poyética. Ocurrir invoca, convoca, revierte la dimensión de distancia, de ajenidad, de pasividad del recuerdo y nos pone en posición alerta.

El ¿te acordás?, venga de los otros o de mi mismo, tiene un termómetro (termómetro afectivo o pasional) y el recuerdo es de esas sustancias que cambian su textura y consistencia, que de acuerdo a la temperatura son una cosa u otra.

Que hablemos de una primera vez y una segunda vez, que la memoria se sitúe entre dos tiempos, uno fundador y otro actual, abre otro problema inédito: ya no se trata sólo de definir o describir uno y otro, el presente y el pasado como unidades o entelequias, sino de pronunciarnos sobre cuál es la relación entre ambos, lo cual se vuelve bastante complicado. Como hecho lógico, epistemológico o ideológico. Y

desde Foucault y el pensamiento francés contemporáneo, el límite entre estos planos y la noción de objetividad está bastante en dificultades, no sólo en ciencias humanas, sino incluso en las ciencias duras.

¿Dónde está el quid del problema? ¿En el pasado fundador o en el presente a tramitar? Y como dice Mafalda, “Yo llegué a este mundo cuando la película estaba empezada”. Ergo, siempre hay una herencia a tramitar o digerir.

Algunos, yo creo que retrógrados, se aferran como garantía al referente del pasado como **polo** inamovible, inalterable, como anclaje cierto de pauta identitaria. Con el realismo de las ciencias naturales se puede reconocer en lo acontecido un cierto sustancialismo o esencialismo, que consiste en pensar que el hecho originario contiene toda la explicación, toda la verdad o realidad del recuerdo. Pero en verdad el pasado es una construcción tanto como lo es el presente.

Otra postura extrema consiste en sostener un puro presentismo, que no hay nada del pasado o de los ancestros que valga la pena explorar y conocer, el presente se explica por sí mismo. Esta saturación o pregnancia del presente se atribuye a una época de la vida: la adolescencia y a una época de la humanidad: el presente; así opina Eric Hobsbawm.

A estos extremos ficticios de falta o de exceso de pasado, los grupos y comunidades nos situamos en una zona intermedia: pasado, presente y proyecto se requieren y solicitan mutuamente, y ese es el problema o el desafío de la Memoria.

Pero, ¿cómo son las **presencias del pasado en el presente**? La pregunta es menos obvia e inocente de lo que parece.

Ignacio Leucowicz marca que no se trata de focalizar la atención en el pasado o en el presente, **sino en la relación que los une o los separa, que los vincula en la conjunción o en la disyunción**, lo que sólo da lugar a inteligibilidades fragmentarias y parciales.

Es vano pensar que el pasado es un germen global del presente, que lo engendra o lo contiene, como un potrillo contiene al proyecto del caballo, como también es vano pensar que el olmo dará peras. Ni la conexión lineal, ni la desconexión total son válidas. Tarea más modesta pero no menos fecunda: ya no le pedimos al pasado identidades y certezas, explicaciones totales. Nos pedimos secuencias lógicas que apunten a una inteligibilidad parcial y fragmentaria, el resto de misterio no es a lamentar, sino necesario, imprescindible.

Hurgar en el pasado y significar el presente, no es tarea de archivistas, no es ordenar un material inerte, cadavérico, sino significar la actualidad, semiotizar preguntas candentes, diseñar un proyecto. Quien hurga el pasado, no tiene una preocupación retrospectiva, sino que acumula sentidos que nutren al sujeto, al grupo y a la cultura, es decir el porvenir.

* * *

Otra falacia formal a trabajar, es la oposición o dicotomía entre memoria personal y colectiva, en el sobreentendido de que una es privada y otra pública. Puro artificio. Falsa distancia entre el yo y el nosotros.

En verdad la memoria siempre llama al otro, lo requiere, lo constituye en testigo, en compañero, en cómplice afectivo. Y esta es una operación humanizante. Es esta operación que constituye no sólo la memoria de lo íntimo, sino que convierte al humano en humano. Por eso Roland Barthes dice que no hay humanidad sin relato, sin leyenda fundadora.

Quisiera detenerme en este punto fuerte. Reverberarlo. Es algo distinto la memoria del Funes de Borges que todo acumula e ignora, cuando lo propio de la memoria es recorte y selección. Es que al convocar al pasado y al otro como testigo, la memoria nos constituye o nos convierte en humanos, crea cada vez un nosotros, un sujeto consciente de sí, ubicado en su genealogía, en su historia y su cultura.

Yo trabajo con minoridad marginal, desamparada e infractora, y es con estos humanos, carentes del efecto estructurante de la operación de la memoria, de sus efectos simbolizantes, donde se ve el efecto devastador de la ausencia de interiorización de la cultura. De eso es que están enfermos. El ser humano no puede vivir sin la trama de otros humanos, y en la carencia de un tejido socializante, se crea una red perversa de lealtades a las mafias o a las sectas, que les asigna un lugar social, siniestro pero lugar al fin.

Entonces, no es verdad que los humanos seamos individuos que luego nos vinculamos. Lo del individuo aislado es una falacia, o una excepción que fabrica un bicho raro. Lo primero, lo primario, lo fundante, es el grupo (eso que antes se llamaba instinto gregario). Algunos pocos, los menos, si son bastante inteligentes y laboriosos, y

si están dispuestos a pagar un impuesto de sufrimiento, pueden lograr un espacio de singularidad y originalidad.

La mal llamada memoria individual o íntima, en verdad es la zona de opacidad y de secreto que todos tenemos, habitada por pensamientos recurrentes (Hugo Achugar los llama las obsesiones) que se perfuman con la vergüenza y el ridículo. (Yo de esto sé bastante, es con esta zona que los psicoanalistas nos ganamos la vida). Lo inconfesable no hace memoria, produce asedio e intrusión, que no es lo mismo. La memoria es un tesoro que enriquece y produce una codicia a querer más. El secreto es un desecho tóxico del que queremos liberarnos.

En definitiva, lo que quiero decir, resumiendo, es que la memoria no es una capacidad del hombre, es el hombre mismo. Y digo hombre tanto en el sentido carnal y concreto, como en esa abstracción genérica de categoría o condición humana. **El amnésico está despojado de algo esencial de su humanidad.**

Las mil leyendas que construyen la condición humana son un espacio compartido, sagrado y querido, no trocable, o difícil de trocar. El conjunto de sujetos que habitan y construyen este espacio compartido puede ser de tamaño muy diverso y es sólo el eje de su dimensión (macro o micro) y no de su naturaleza lo que permite establecer la distinción entre público y privado. Y es en ese ámbito, a veces familiar, intimista, otras público e institucionalizado, que se produce la circulación entre generaciones donde se transmiten las leyendas que vehiculizan valores, creencias y representaciones del colectivo, que diagraman el contenido del imaginario social.

Bibliografía

ARIÉS, P.: Essais de Mémoire. 1943-1983. Col. L'Univers Historique. Éditions du Seuil, juin 1993.

ASOCIACIÓN ARGENTINA de Epistemología del Psicoanálisis. 1º Coloquio Interinstitucional de la ADEP: Lo Interdisciplinario: Memoria, Historia, Narrativa. Octubre, 1997.

AUGÉ, M.: Las formas del olvido. Serie: CLA.DE.MA. Antropología-Etnografía. Editorial Gedisa, 1998.

- BARTHES, R.; KAYSER, W.; BOOTH, W.; HAMON, PH.: Poétique du récit. Col. Points. Éditions du Seuil, 1977.
- BLANCHOT, M.: L'Amitié. Ediciones Gallimard, 1971.
- FOUCAULT, M.: Hermenéutica del Sujeto. Col. Genealogía del Poder, N° 25. Ediciones de la Piqueta, 1994.
- LECLAIRE, S.: Le Pays de L'autre. Éditions du Seuil, janvier, 1991.
- PERRIER, E.: La Chaussée d'Antin/Tome 2. Articles de Psychanalyse. Col.10-18. Union Générale d'Éditions, 1978.
- PERRIER, F.: La chaussée d'Antin/Antienne. Articles de Psychanalyse. Col. 10-18. Union Générale d'Éditions, 1978.